

CAPÍTULO 1

UN FUNDADO FUNDAMENTO

Madrid, otoño de 1931. El ambiente político está revuelto; agitación, brotes de anarquía, descontento y atropellos; la tensión remueve las calles. Un joven sacerdote, nuevo capellán del Patronato de Santa Isabel, compra el periódico en Atocha. Acaba de celebrar Misa. Toma el tranvía en el mismo Atocha. Estos desplazamientos habituales los aprovecha para hablar interiormente con Dios. Hoy sucede algo extraño: no ha leído más de un párrafo y, de improviso, le domina un sentimiento poderosísimo, una certeza imparable de que es hijo de Dios. Una experiencia de tal intensidad que, sin poder evitarlo, le empuja a pronunciar en voz alta: «Abba, Pater! (¡Papá, Padre!): Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran más esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca.» (*El fundador del Opus Dei*, p. 390.)

Que Dios es Padre, San Josemaría lo sabe desde niño; pero lo de aquel día se trata de otra cosa: de una experiencia mística muy elevada, «un sentir, ver, admirar ese querer de Dios de que seamos hijos suyos». Es experiencia del amor de Padre que le tiene Dios. Por eso hablará

siempre del sentido de la filiación divina. Dios le ha hecho sentir Su ser Padre y su ser hijo. Y se lo ha hecho sentir con una intensidad y profundidad que calan decididamente en su inteligencia y en su corazón.

Si hasta entonces San Josemaría poseía la verdad «Dios es Padre», ahora esa verdad le posee a él, se adueña de él, lo domina, lo llena y le desborda. Las manos de la gracia le han transportado a una nueva patria. Perspectivas, ópticas y enfoques han sido renovados de raíz, y ahora tienden sus trazados desde su nueva posición. Y allí instalado afirmará, cada día con más fuerza, que ahí se encuentra su fundamento, su seguridad... y su descanso.

Ser hijo de Dios además de una verdad acerca de nuestro origen y nuestra dignidad, significa mucho más: define un modo de estar en el mundo.

¡Hijo de Dios!

1. 1 «Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

»Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

»¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ¡ya no lo haré más! Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

»Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos.»

Camino, 267

2. 1 La verdad principal acerca de nuestra identidad la constituye ser hijo de Dios: antes que nada y por encima de todo lo demás somos hijos. «La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo.»

Es Cristo que pasa, 65

3. 1 Aunque ser hijo de Dios sea un hecho, a cada uno le toca descubrirlo. ¿Cómo? Esforzándonos por vivir y actuar en la vida de cada día como hijos. «Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile —a solas, en tu corazón— que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo. Supone un auténtico programa de vida interior, que hay que canalizar a través de tus relaciones de piedad con Dios —pocas, pero constantes, insisto—, que te permitirán adquirir los sentimientos y las maneras de un buen hijo.»

Amigos de Dios, 150